

## ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



### LECCIÓN 298

#### Te amo, Padre, y también amo a Tu Hijo.

##### Comentario de Sarah:

Esta Lección trata sobre el dolor y el sufrimiento que experimentamos en nuestra vida diaria cuando el amor que somos se mantiene alejado de la conciencia a través de las muchas distracciones de nuestra vida, que elegimos como forma de defendernos del amor. La forma de restaurar nuestra realidad es permitiendo que el amor vuelva a entrar en nuestra conciencia, lo que sólo puede hacerse observando cómo lo bloqueamos actualmente. Ahora podemos decir y decir de corazón: **"En su lugar, acepto lo que Dios establece como mío, seguro de que sólo mediante ello me puedo salvar."** (L.298.1.5) Para ello, necesito **"atravesar el miedo para encontrarme con mi Amor."** (L.298.1.5) Por eso, al principio, parece que las cosas empeoran a medida que avanzamos en este Curso. Probablemente nos sentiremos más culpables porque nos estamos haciendo más conscientes de los pensamientos que antes no se veían aunque siempre estuvieron ahí.

Esta es una Lección de gratitud. Tal como vimos en las Lecciones 234, 239 y 292, respectivamente: **"Te agradecemos, Padre, que no podamos perder el recuerdo de Ti ni el de Tu Amor."** (L.234.2.1) **"Te damos gracias, Padre, por la luz que refulge por siempre en nosotros."** (L.239.2.1) **"Te damos gracias, Padre, por Tu garantía de que al final todo tendrá un desenlace feliz."** (L.292.2.1) Sólo nuestra interferencia trae algo que no sean resultados felices. Interferimos cuando decidimos cómo deben ser las cosas y planificamos y elaboramos estrategias en consecuencia, y así continuamos en el bucle de pecado, culpa y miedo del ego. Interferimos cuando tratamos de mantener el control en lugar de estar dispuestos a rendirnos y permitir que el curso de las cosas sea lo que es. Cuando nos aferramos a metas que nos llevan a más viajes sin sentido, carreras locas y valores artificiales, interferimos con el flujo divino. Perseguimos objetivos que no aportan nada. Esto está bellamente ilustrado en el libro que leí hace algún tiempo titulado *One Again* por Linda Jean McNabb. Es la historia de su vida - una historia de deshacer un pasado de abuso, alcoholismo y prostitución a través del perdón y la confianza. Siempre es muy alentador leer sobre aquellos que han superado tantos traumas y han experimentado una sanación tan profunda.

La confianza es el principal atributo del Maestro de Dios, tal como se indica en el Manual del Maestro. Tememos el amor porque su aceptación pone fin al dominio del ego y es una amenaza para nuestra voluntad independiente. ¿Por qué la gratitud es un aspecto tan importante de nuestra restauración? **"Mediante tu gratitud podrás llegar a conocer a tu hermano, y un momento de verdadero reconocimiento convierte a todo el mundo en tu hermano porque cada uno de ellos es Hijo de tu Padre."** (T.4.VI.7.5) (ACIM OE T.4.VII.90) Es un momento de ver a nuestro hermano como a nosotros mismos. Reconocemos que nos hemos equivocado en nuestros juicios y agradecemos. Agradecemos ver que nuestro hermano no es como lo hemos definido, sino como nuestro Padre nos dice que es. De hecho, reconocemos que nos hemos equivocado en todo lo que hemos pensado. En este reconocimiento, acogemos con humildad que se nos enseñe.

Aprendemos la importancia de tener un corazón agradecido y una mente agradecida como base para recordar el amor de Dios. Jesús nos recuerda que no tenemos que permanecer **“sordos a todos los himnos de gratitud que el mundo entona bajo los sonidos del miedo.”** (L.293.2.2) Lo esencial para nuestra felicidad es estar abiertos a la experiencia del Amor de Dios, que nos rodea todo el tiempo. Su Amor por nosotros no ha flaqueado. Él nos ha dado el Espíritu Santo como una Llamada interior: la luz dentro de nosotros que es el Cristo, el verdadero Ser. **“Hoy damos gracias de que Cristo haya venido a buscar en el mundo lo que es Suyo.”** (L.160.9.1) Lo que Le pertenece es la parte de la mente que nunca ha abandonado a Dios y nos llama para que volvamos a donde ya estamos.

Amar a nuestro Padre es amar a Su Hijo. Es amar a todos sin excepción. Lo que esto significa es que cuando el contenido de la mente es el amor, vemos ese mismo amor en todos. Cuando vemos a "otros" que no amamos, estamos viendo partes de nosotros mismos que rechazamos. Esto nos ofrece otra oportunidad de perdón, que es mirar los aspectos del yo que proyectamos en los demás. Cuando los condenamos y los culpamos, estamos reflejando nuestra propia autocondena y autoataque. Nos estamos acusando de lo que vemos en nuestros hermanos y hemos negado en nosotros mismos. Excluir a alguien del amor es no conocer el amor. Es importante que miremos todo el odio que proyectamos sobre los demás, reconozcamos que es nuestro propio auto-odio y asumamos la responsabilidad de ello. Todo ese odio a uno mismo se inmiscuye en nuestra santa mirada. **“El perdón elimina todo cuanto se interponía en mi santa visión.”** (L.298.1.3)

Cuando cualquier relación hace aflorar en nosotros la ira y el odio, nuestra tendencia inmediata es pensar que nuestras reacciones se deben a lo que la otra persona parece hacernos. Pensamos que si ellos cambiaran, no tendríamos que estar molestos. Jesús nos recuerda que no es así. Nos dice: **“Cuidate de la tentación de percibirte a ti mismo como que se te está tratando injustamente.”** (T.26.X.4.1) (ACIM OE T.26.VI.88) Simplemente estamos utilizando a la otra persona para hacerla responsable de los pensamientos de odio que hay en nuestra mente errada. Estamos llamados a utilizar cualquier situación o relación difícil para curar nuestra culpa no sanada. Podemos agradecer que nuestros hermanos nos hayan revelado lo que no podemos ver de otra manera. **“Mi gratitud hace posible que mi amor sea aceptado sin miedo.”** (L.298.1.1) Puedo estar verdaderamente agradecido de que mi manera de ver haya sido equivocada porque ahora hay una manera de sanar mi perspectiva errónea. **“Escucha ahora a Dios hablarte a través de Aquel que es Su Voz así como la tuya, recordándote que tu voluntad no es odiar ni ser un prisionero del miedo, un esclavo de la muerte o una insignificante criatura de escasa vida.”** (T.30.II.3.3) (ACIM OE T.30.III.35)

No podemos eludir nuestros pensamientos temerosos con tópicos espirituales que suenan bien. Debemos examinarlos. Tenemos miedo de dejar ir todo lo que hemos hecho, incluyendo nuestros constructos, creencias, autoconceptos, expectativas, valores, singularidad y especialismo. Tenemos miedo de lo que vamos a perder y, lo que es más importante, tememos la pérdida de nuestro yo individual, por lo que levantamos defensas. Sin embargo, nos acercamos al **“final de todas las jornadas absurdas, las carreras locas y los valores artificiales.”** (L.298.1.4) Ahora estamos más dispuestos a encontrar otro camino que nos aporte la certeza, la alegría y la felicidad que buscamos. Si pensamos que todavía hay algo por lo que luchar en este mundo, tenemos los pies en los dos campos: el del ego y el del Espíritu Santo. Al estar a caballo entre los dos sistemas de pensamiento, experimentamos cada vez más conflictos hasta que nuestra motivación en favor de la curación se

convierte en el centro de nuestra vida. No es algo que se pueda forzar. La devoción a la sanación simplemente se convierte en una opción más atractiva.

Cuando rezamos: **“Padre, hoy vengo a Ti porque no quiero seguir otro camino que no sea el Tuyo.”** (L.298.2.1), asumimos un compromiso y una dedicación que reflejan nuestro profundo deseo de acabar con el sufrimiento. Afirmamos, una vez más, que no seguiremos otro camino que el Suyo, porque Su camino es seguro. Y estando siempre agradecidos por los santos dones de Dios para nosotros, podemos estar seguros de un santuario donde estamos eternamente a salvo. **“Tú estás a mi lado. Tu camino es seguro. Y me siento agradecido por tus santos regalos: un santuario seguro y la escapatoria de todo lo que menoscabaría mi amor por Dios mi Padre y por Su santo Hijo.”** (L.298.2.2-4)

Cuando expresamos amor y gratitud a nuestros hermanos, lo estamos expresando a Dios. Cuando ofrecemos a nuestro hermano la culpa, no experimentamos el amor de nuestro Padre. En otras palabras, si amo a Dios, se deduce que seré amoroso con todos los demás. Si no amo a todos los demás, debo decir que no amo a Dios. No puedo llegar a Dios y odiar a mis hermanos. Si digo que quiero la paz y ataco a mi hermano, me estoy alejando de ella.

Nuestro miedo a ser vulnerables con nuestros hermanos y unirnos a ellos es un miedo a Dios. Tememos ser vulnerables porque nuestra percepción de Dios es la de una fuerza grande y poderosa fuera de nuestra propia mente. Nos preguntamos qué pasará si nos abrimos al inmenso amor que somos. Tememos el fin del control. Tememos la aniquilación. Como leemos en el capítulo 13: **“Has construido todo tu demente sistema de pensamiento porque crees que estarías desamparado en Presencia de Dios, y quieres salvarte de Su Amor porque crees que éste te aniquilaría.”** (T.13.III.4.1) (ACIM OE T.12.III.14) Agradece que estás equivocado.

Amor y bendiciones, Sarah  
[huemmert@shaw.ca](mailto:huemmert@shaw.ca)